

Un gran árbol

Corina Maruzza

Antes de presentar su clase magistral, *El futuro de la salud mental*, el día que recibió el título Honoris Causa en la UNLa, Emiliano Galende se refirió a sí mismo como alguien que sólo había estado trabajando. Es decir, haciendo lo que sentía que tenía que hacer. No había planeado llegar más allá. Con la humildad que lo caracterizaba, agradeció a quienes estaban presentes diciendo que él también había aprendido de sus estudiantes durante las cursadas del doctorado. “Es mutuo”, dijo.

Sabemos que se escribe para ganar tiempo a la muerte. Como Scherezada, en *Las mil y una noches*, quien cada noche cuenta una historia distinta al sultán para evitar que esa sea su última noche. Sabemos también que éste es un tipo de escritura, y que hay otro, dedicado a ganarle tiempo no sólo a la muerte propia, como el que practicaba Emiliano Galende. La manera en que dejó evidencia del modo en que escuchaba y pensaba, y de su sensibilidad, traspasa la expectativa de demorar lo inexorable únicamente para sí mismo.

Es cierto que la realización de cada uno de sus libros permite volver a dialogar con él, ver surgir un aspecto distinto en el prisma de sus pensamientos. Pero, a

la vez, toda su escritura conspira para transformar a quienes desarrollamos nuestras prácticas en el campo de la salud mental. En función de un entendimiento de la presencia humana como la existencia de sujetos de deseo, históricos y sociales, sujetos de derecho.

Parto de esta hipótesis, irrefutable y evidente. El hecho de que a Emiliano no lo alcance tan fácilmente la muerte se origina en la forma mediante la cual aún extiende los límites de nuestra capacidad de comprensión de lo humano. Permanece en las huellas de su generosísima transmisión, escrita y oral, acerca de una consideración y una práctica de la escucha en términos comunitarios.

Coherentemente más cercanas al concierto de una orquesta polifónica que al de un solista, sus exposiciones eran en gran parte argumentos a favor de la dignidad humana. A la vez, sostenía el valor de la perseverancia al entramar sucesos, procesos y conceptos siempre operativos. Nada de especulación. De modo tal que lo impensado terminaba por parecer sencillo sin dejar de ser complejo, parcial, inacabado. Y la posición adoptada en términos políticos se traducía en la modulación de su voz, a través de la cual imantaba y nunca se imponía. Durante una de sus clases, contó acerca de una experiencia comunitaria en la cual había teni-

do intervención. En una comunidad emplazada en una zona rural española, se habían localizado dos formas de padecimiento psíquico a las que era necesario dar abordaje terapéutico. Por un lado, la depresión, en personas mayores que atravesaban la vejez sin contar con nadie. Por otro, el consumo problemático en un grupo de jóvenes que no habían continuado sus estudios, no tenían empleo ni otro tipo de inserción social.

Reviso mis apuntes de estas clases, en busca de las notas sobre aquel relato. Encuentro el registro de varias ideas con las que Emiliano trabajó durante la cursada del Doctorado en el seminario que él dictaba, *Fundamentos de la Salud Mental Comunitaria*. Veo anotados datos detallados sobre los antecedentes de la psiquiatría clásica, sobre las primeras experiencias de desmanicomialización, la reforma de distintos sistemas de salud y legislativos.

Recuerdo a Emiliano dando referencias con precisión, sin apelar a ningún recurso más que el de su propia memoria. El tiempo que brindaba al despliegue de las inquietudes, incluso de los replanteos, la atención que prestaba a los comentarios. Y recuerdo bien cuando habló acerca de aquella experiencia. Pero no encuentro nada escrito sobre ella en este cuaderno.

A continuación, presento una reconstrucción tentativa de su relato. Una o varias personas jóvenes empiezan a ir a la casa de una o varias personas mayores. El encuentro se da en los invernaderos, en las huertas. La actividad planificada es el trabajo en la tierra. Las personas mayores aportan conocimiento. Los rastillos y carretillas quedan en manos de las jóvenes. Con el paso de los días, desde abonar el terreno, se pasa a la siembra. Ocurre la germinación, más adelante, algún brote vegetal. Mucho más lentamente, aparecen las hojas, algunas comestibles, flores, polinizadores.

Las cosas no son fáciles y requieren paciencia. Pero la integración se va dando. El compartir, el cuidado mutuo, la solidaridad. Surge el entusiasmo por el movimiento que implica desplazarse hasta un lugar adonde hay quien está esperando la propia llegada. Y, viceversa, porque hay alguien que está por llegar. En fin, las vidas enlazadas entre sí.

“Lo único que pacifica el alma es la posibilidad del afecto, del vínculo, la relación, el diálogo con otras personas”. No hay un punto en el cual culmine esta historia porque se trata, más bien, de su continuidad. A contrapelo de la interrupción dada por la soledad y el aislamiento, se trata de propiciar “la vida en común, el instrumento terapéutico principal”.

Como proyectado en una superposición de fotografías, tuve un recuerdo hiper nítido de este relato en dos oportunidades. La primera, a mediados de 2020, cuando un jardinero a quien yo escuchaba desde no hacía mucho, y que en plena pandemia se había quedado sin trabajo, se acercó “presencialmente” a traerme su pago: una huerta sembrada en un cajón de verduras de madera rústica. Mientras yo lo recibía y me figuraba regando el estipendio por sesiones de terapia, podía imaginar aquellas personas de las que había hablado Emiliano, compartiendo el alimento que habían cultivado juntas.

La segunda remembranza es más reciente, también se vincula a la escucha terapéutica. Hacia el final de una larga etapa de su vida marcada por un profundo sentimiento de frustración y soledad, otro paciente comienza a incursionar en la jardinería. Había intentado morigerar la tristeza con un consumo problemático de sustancias psicoactivas que llegó a niveles críticos. Hacía un año, había decidido mudarse. Lejos. Allá, de a poco, empezó a trabajar en los jardines de aquel lugar.

Un día llegó a la casa de una pareja muy anciana, que también había emigrado y que no tenía descendencia. Con el transcurso de los meses, la pareja empezó a solicitar su presencia cada vez con mayor regularidad, más allá de la labor botánica. A veces, salen a pasear, y

esas tardes se dan en compañía. Se ha vuelto un alivio. Es mutuo.

Mientras atesoro la historia, y el modo en que regresa cada tanto, pienso en la sensación que se tiene al estar en un parque lleno de árboles, a través de cuyo follaje pueden verse pasar las procesiones ultra lentas de la luz. Esos árboles que todos los años vuelven a florecer y de los que agradecemos su milagrosa realidad, participar de su acontecimiento. Y creo que compartir ese tiempo de aprendizaje con Emiliano fue como haber podido estar junto a un gran árbol. Una rama inmensa de sol, cuyas raíces parecen tocar el corazón de este planeta. Uno de los que nunca llegan a ser alcanzados por el fuego ni por una sierra a motor.